

El club

DR. LUIS GARCÍA ORSO, SJ*

Al inicio de la película vemos la figura de un hombre, en un atardecer en la playa, que entrena a un perro con una larga vara y la piel de alguna presa. Luego, en una casa, cuatro hombres ya entrados en años y una mujer, sentados alrededor de la mesa, conviven en paz y familiarmente. Nuestros personajes salen a distraerse viendo de lejos una carrera de galgos en una explanada en el campo. Sabremos después que estamos en un pequeño pueblo costero de Chile. La aparente tranquilidad del ambiente es interrumpida luego y para siempre por la llegada a la casa de un sacerdote enviado por sus superiores a reparar sus graves abusos sexuales, e inmediatamente después, también por los gritos de un hombre indigente que grita a la entrada que fue violado de niño. Después, las confesiones van emergiendo en pedazos, con un sacerdote más joven que llega para confrontar la situación de vida del grupo.



Los espectadores sabremos entonces que los cuatro habitantes de la casa son sacerdotes que han cometido pecados de pederastia y de robo de bebés, y que se hallan ahí, cuidados por la mujer consagrada,

* Profesor de la UIA, miembro de SIGNIS México, OCLACC y del Consejo Editorial Jesuitas de México.
Email: lgorso@jesuits.net

para hacer oración y penitencia, buscar arrepentimiento y perdón, y no aparecer en público en la Iglesia y en la sociedad. En esa casa de retiro ellos entran y salen, y nosotros junto con ellos, como si se nos permitiera estar ahí, de testigos, sin hacernos notar pero incómodos. No vemos en qué consiste tal “oración y penitencia” cuando los personajes se distraen viendo carreras de galgos. Tampoco alcanzamos a comprender si hay arrepentimiento de sus delitos cuando escuchamos sus justificaciones. El tradicional y hermoso canto del “Adoro Te devote” hace aún más irónica nuestra desazón. La frágil y pecadora condición humana se va revelando en medio de nosotros y, con ella, preguntas, cuestionamientos, reclamos, falta de respuestas, que brotan de realidades tan hondas y serias en que hay víctimas inocentes, y silencios de la Iglesia, y desconcierto, y necesidad de volver a la verdad y al sentido de lo que se vive.

Un tema tan delicado y grave dentro de la Iglesia —y muy particularmente la chilena—, es expuesto a los ojos del espectador casi como un documental, en un intento transparente y áspero, realista y crudo, incómodo siempre, por acercarnos a la intimidad de las víctimas y de los victimarios, y palpar algo de lo que viven unos y otros, de lo que guardan en su interior, de lo que ni ellos ni menos nosotros alcanzamos a comprender, en hechos tan desgraciados y deplorables. Con un guion y una dirección magistrales, el chileno Pablo Larraín nos confina a ese mismo encierro, a la tensa rutina diaria, a las confrontaciones directas y explícitas aun sobre actos sexuales, a las explicaciones que cada uno da de su conducta, a la conciencia o inconciencia en que se vive, a la experiencia de Dios que cada uno expresa, a las heridas siempre abiertas que supuran rabia y necesidad de misericordia.

Los actos de cada ser humano —y en esta historia, de sacerdotes— tienen consecuencias y apelan a la responsabilidad. Si hay daños sobre la vida de otros, hay víctimas, y a éstas se les debe atención, escucha, reparación, justicia, amor. En la película, uno de los protagonistas,

extraño y tierno, es una víctima que sufre y pide ser escuchada, y sólo recibe seguir siendo más víctima. El final apela a vivir como buen samaritano hacia el hombre caído; escena amargamente irónica y cruel, porque la compasión es una gracia que se ofrece y se acoge y no —como aquí— una obligación que se impone.

La película ha ganado una docena de reconocimientos internacionales, entre ellos el gran premio del jurado de Berlín 2015. La experiencia enorme, perturbadora, confrontante, que logra esta historia está arropada por una fotografía perfecta de tonos azulados, fríos, tenebrosos; por la música nostálgica y desgarrada del chelo en la suite de Britten; por las admirables actuaciones de todo el reparto, y por la figura de galgos de carreras y su entrenamiento, agudo y agresivo símbolo de los niños engañados, violentados y abusados.

Una realidad en la Iglesia que no se puede ocultar más, una necesidad de reparación que no se logra dar del todo, unas heridas que gritan por la salvación. Todos estamos ahí.